del modo de producción dominante en una sociedad históricamente dada. La lógica de este modo de producción (puntualiza el texto del libro) es la que dicta la organización y las transformaciones urbanas en una situación histórica dominada por un modo de producción capitalista; la ciudad refleja las consecuencias de las presiones directas del capital por aumentar la apropiación de plusvalías a través de las rentas parasitarias del suelo y de las presiones directas por conseguir el dominio social del espacio, facilitando aquellos cambios en la distribución territorial de la producción que, de acuerdo con las transformaciones en la concentración financiera del capital, aseguran la continuidad de la distribución social del poder. Estos intereses indirectos sobre la ciudad son los que inciden propiamente sobre las formas concretas de ordenación urbana en tanto que estrategias alternativas dentro de la ley general de formación de rentas del suelo».

La conceptualización teórica sirve de apoyo para el trabajo que desarrolla el libro, y está orientada a formular los presupuestos de un contra-plan en torno a los problemas que suscitó en su día el Plan de la Ribera (Barceloneta-Poble Nou), y que canalizó la atención de cinco agrupaciones ciudadanas junto al grupo de vecinos interesados por las zonas afectadas y apoyados por cuatro Colegios Profesionales (2). Este hecho resultó bastante importante en aquellos momentos donde aparecían los primeros intentos de abordar las grandes remodelaciones urbanas, como en este caso concreto del Plan de la Ribera, y que de alguna forma inscribía al urbanismo español dentro de la gran polémica internacional de la década de los sesenta en torno a los presupuestos del «Urban/Renewal».

La publicación recoge con una sistemática rigurosa, característica de grupo de profesionales que lo dirigen, las diferentes contradicciones del desarrollo urbano de la zona, sus áreas de influencia, expectativas, potenciación de nuevas vías... Independiente de los análisis de teoría urbana y del servicio que esta teoría puede prestar para la configuración de un modelo físico, el trabajo acentúa los vectores presión que puede significar la iniciativa de actuación privida; en este caso es «el primer intento español de gran inversión capitalista en remodelación urbana», pero también el primer movimiento importante (como en el simultáneo caso del barrio de Pozas en Madrid) de resistencia ciudadana, de gestión colectiva «frente a las iniciativas institucionales».

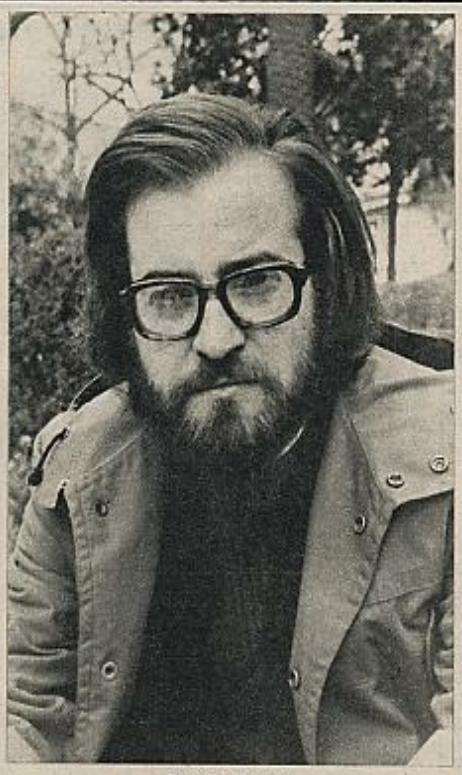
Introducción y prólogo a un tema que se abre en nuestro país no sólo en las grandes concentraciones metropolitanas (Madrid, Barcelona), sino en las ciudades españolas de un crecimiento acelerado. Los viejos esquemas del urbanismo institucional («sector inmobiliario preindustrial, predominio de la propiedad familiar del suelo, actuación pública simbólica, crecimiento anárquico y atomizado, Ley del Suelo, ausencia de inversión infraestructural, política de viviendas») no pueden soportar en nuestros días las dos grandes corrientes de la época: la creciente y cada vez más potente concentración financiera, los llamados **operadores urbanísticos**, que asimilan capital privado con las grandes inversiones de infraestructura pública, y la no menos creciente toma de conciencia política de las clases medias y populares ante las desvastadoras «planificaciones» urbanísticas. Parece que las medidas más urgentes ya no se van a imponer por principios discutidos en debates de corte administrativo, sino por una **necesidad** indiscutible. La lectura de libros así parece que nos anuncia con premonición fundamentada que los que sufren la ciudad ya comienzan a no soportarla. ■ **A. FERNANDEZ ALBA.**

(2) Entidades promotoras del Concurso de Ideas sobre el Sector: Asociación de Vecinos del Taulat, Asociación de Vecinos de la Barceloneta, Asociación de Propietarios, Comerciantes e Industriales del Barrio Plan de la Ribera, Casino Aliança del Poble Nou, Amigos de la Ciudad, Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias de Cataluña y Baleares, Colegio Oficial de Ingenieros de Cataluña y Baleares, Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Cataluña y Baleares.

La «Guía secreta», de Antonio Burgos

La **Guía secreta de Sevilla** (1), de Antonio Burgos, tenía prevista una presentación con fiesta de sociedad. Hasta habíase pensado en un cóctel **secreto** con el mismo nombre que el libro para celebrar tal motivo, pero la criatura —al libro me refiero— quedó compuesto y sin bautizo. Como de todo ello se dio noticia en su momento (2), no me extiendo en más consideraciones acerca de este asunto.

Ya lleva algún tiempo en la calle la **guía secreta**, y en ciertos ambientes —los que acertadamente Burgos denomina como **hispalenses**— ha levantado alguna que otra roncha, y hasta por parte de algún personaje popular se ha pretendido la intervención judicial, sin que, al parecer, el asunto haya tenido mayor trascendencia hasta el momento.



Antonio Burgos.

¿Qué nos dice la **guía secreta** de una ciudad como Sevilla, qué se puede contar en un libro **secreto**, que al mismo tiempo tiene vía libre respecto a su difusión y que no se encuentra bien vista su presentación oficial?

A primera vista, tal situación puede resultar de lo más paradójica y hasta ciertamente contradictoria. Pero el libro dice cosas, contadas, eso sí, con el aparente desenfado y ligereza de Burgos —que en este y casos similares poco tienen de ligerezas o de desenfadado talante—, y en cuanto a su aceptación o no desde el punto más o menos oficialista, presupone ciertamente un conocimiento de hasta dónde llegan determinadas fuerzas de una ciudad como Sevilla, donde tantas cosas pasan y, sin embargo, el **no pasa nada** se encuentra a la orden del día, donde semejante frase suele estar a flor de labios desde Sierpes a Plaza Nueva —donde precisamente se encuentra la fachada del Ayuntamiento de la ciudad—, desde el Aeroclub hasta la Maestranza.

No obstante, y como ya queda dicho, en Sevilla sí pasan cosas, porque la Sevilla del azahar y el incienso —especie humífera que no sólo se utiliza en Semana Santa— ya no puede acallar la voz de esa otra Sevilla real y cotidiana que también existe y que cada día pugna más por hacerse oír.

No ha pretendido en absoluto Antonio Burgos —entiendo— ofrecernos un libro **profundo, serio**, al corte clásico —y me apresuro a decir que muchas cosas serias se dicen en la **guía secreta**—, en los que generalmente la escolástica al uso mata muchos brotes, denunciadores y vivos, críticos y hasta polémicos, que en muchos momentos se hacen precisos si no queremos que la invitación a la **siesta** intelectiva acabe con el buen propósito de todo aquel que, hoy, tenga algo que decir y sepa decirlo.

Recorriendo plazas y calles, Burgos nos habla de la fisonomía clásica que Sevilla tuvo, configurada por su pasado histórico, en el que muchas atrocidades también se cometieron, hablándonos también de un talante ciudadano machacado con botas señoritiles, sobre todo en los últimos decenios.

La despreocupación y la abulia por parte de autoridades —más aún que el pueblo sevillano, que siempre parece haber estado como de prestado en su propio suelo—, el concepto mercantilista de ciertos mandarines, la propia sensación de provisionalidad —de la que nacería la **necesidad** de máxima rentabilidad en el más mínimo espacio de tiempo— de muchos cargos públicos, la desidia en la vigilancia urbana, el foco de atracción, basado en épocas más doradas, que siempre ha sido Sevilla para la periferia andaluza, han configurado en su conjunto un estado de cosas cuyo resultado pueden contemplarlo en la actualidad propios y extraños. En el orden urbanístico, corrales de vecindad nacidos en el siglo XVI desmoronan hoy su estructura y vuelcan a sus habitantes hacia el recurso de la chabola o el refugio, mientras que antiguos barrios históricos, dejados a la mano destructora del tiempo, comienzan a dar paso a ingentes moles de cemento, una vez efectuadas revalorizaciones y el mercantileo del metro cuadrado. De lo **social**, nada diremos, ya que tantas veces se ha hablado ya, y escrito en los papeles se encuentra.

De todo esto y otras muchas cosas nos habla la **Guía secreta**... de Burgos, la secreta guía de una ciudad con cientos de secretos a voces, donde el pasado y el presente parece que se confunden a veces, donde la cabeza de un Rey, en piedra, puede hacer-

(1) Antonio Burgos, **Guía secreta de Sevilla**. Ed. Al-Borak. Madrid, 1974.

(2) Ver TRIUNFO, número 630, de 26-X-74: **Sevilla: de la difícil problemática de presentar un libro.**

nos rememorar al instante la historia del **Cruel o Justiciero** —constantes contradictorias de Sevilla— Pedro I, repudiado por algunos y admirado también por su donjuanismo —la represión social a que el **«status» corporativo de la decencia** ha sometido a más de una generación de españolitos tiene fiel reflejo en esta Sevilla, donde aún hoy las prácticas donjuanescas tienen secretos y entusiastas adeptos— y sus curiosos actos justicieros, y donde, al mismo tiempo, se testimonia la vigencia de un pálpito vivificador con el recuerdo de muchos sevillanos heterodoxos —Blanco White y Cernuda, Martínez Barrios, Giménez Fernández y Pepe Díaz, Saborido y Soto, entre otros muchos—, que, por serlo, no han tenido ni buena prensa ni bien vistos han sido por los **hispalenses.**

Que Sevilla no es precisamente una fiesta, a pesar del aire charanguero que algunos han tratado de insuflarle, viene a quedar patentizado en este libro, a veces sarcástico, irónico y burlón otras, demoledor en algunos instantes, en ese juga-jugando que tan bien va a la pluma de Burgos.

Pocas cosas han escapado a su intención, tanto respecto de la oficial metrópoli como a la real ciudad, de la intemporal urbe hispalense como de la vibrante ciudad sevillana. Pocos mitos no han sido auscultados, desde la Semana Santa a la Feria, desde el **capillismo** al falso **«boom»** de la ciudad en tiempos de la Exposición del 29, que un dictador impuso como remedio, primordialmente, a la falta de puestos de trabajo. Pícaros más o menos populares también tienen su nota expresa, al igual que el mitificado y ya en decadencia señorito andaluz, que en algunas zonas de la ciudad tiene aún su último reducto.

Presente y pasado unidos para dar una dimensión; el recuerdo de Almotamid junto a la presencia de un gobernador civil que acabó con las mujeres de **mala nota** —en hispalense frase—, **putas de la Alameda** según sevillanismo al uso. Cernuda, y Bécquer, y Machado marchando al lado, hoy, de una nueva nómina de intelectuales que se preocupan y trabajan por y en la realidad andaluza. Maestrantes frente a mozos de estoque. Patronos en bancarrota unidos en lo posible a las grandes empresas que se marchitan al no poder cubrir los presupuestos de rendimientos que propone el capital. Y entre azahar y canícula, húmedos inviernos y primaverales días de otoño, a cada instante más abierta la zanja divisoria entre la Sevilla oficial y la Sevilla real; la que se muere en sueños de pasada grandeza y la que vibra y rebulle porque quiere para sí un futuro mejor.

Preparada como a modo de una tradicional guía turística —con ciertas licencias heterodoxas que el autor ha tenido la real gana de hacerse—, donde aparecen calles y plazas, monumentos y costumbres, amén de relaciones de bares, libros recomendados, discos y direcciones útiles, a más de otros consejos orientadores, Burgos ha ofrecido una dimensión original de Sevilla en su **guía.** Sólo hay inciensos y azahares para ser puestos en su justo término, al tiempo que la otra **Sevilla,** la que algunos denominan **Sevilla negra,** otros la Sevilla auténtica, está ahí, aleteando en esas trescientas y pico de páginas, que, como ya digo al principio, más de una roncha han levantado en la fláccida piel de más de un **hispalense.**

Y aunque la vieja burra precise de **muchos palitos pa que ande,** Burgos ofrece una muestra de vara que también resulta válida, sin que ello dificulte otros caminos a recorrer por aquellos que se sientan tentados en la aventura de dejar de decir **amén** a todo lo que, antiguo, pasa a veces por **histórico.** ■ **FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.**

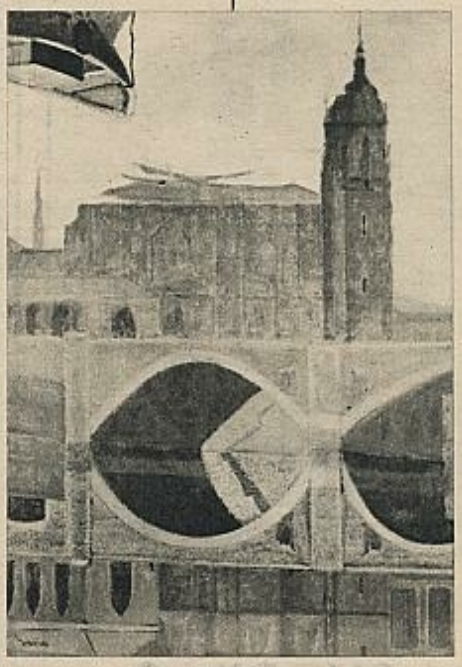
ARTE

Ni siquiera vale la pena pedir disculpas. Es imposible ver, y mucho menos reseñar, la ingente cantidad de exposiciones que pululan por Madrid en la temporada. Uno va, sin orden ni concierto —todavía con menos concierto que orden—, por las galerías que más conoce, por las que le lleva su propia querencia, y va reseñando cosas. Al fin y al cabo, tampoco esta reseña es fundamental... De pronto, uno cae, por alguna razón, en una galería que queda a extramuros de los pasos de su costumbre, y descubre a un pintor. La galería Frontera, hasta ahora la tenía yo bastante desasistida, pero entré en ella el otro día y descubrí a un pintor que no conocía: Luzuriaga. Ahora ya no puedo ignorarlo: ni a él ni a la galería Frontera.

Paisajes de Luzuriaga

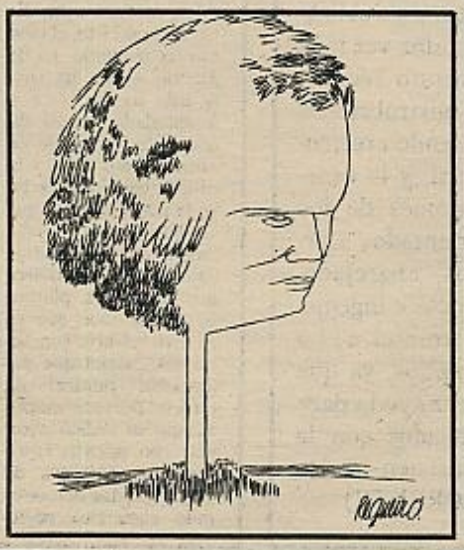
Juan Ramón Luzuriaga es de Bilbao o vive en Bilbao. Eso no lo dice el catálogo, ni me lo ha dicho él, al que no conozco, pero no hay más que verle la exposición: esa ciudad, con su ría, está presente en toda la obra. Deduzco su patria bilbaína de tres circunstancias: de la presencia casi tutelar de esa ciudad en su paisaje, de su nombre mismo... Y de algo más sutil que habría que explicar: de una absoluta falta de lo que yo he llamado alguna vez «beatería de lo nuevo»; de la presencia de un magisterio de todos los maestros de la escuela pictórica de Bilbao. Sí, porque esos vascos de Vizcaya siempre saben hacerse responsables en su obra de sus tradiciones más recientes. Los de Vizcaya digo: los de Guipúzcoa son más propensos a las aventuras de la extrema vanguardia... Lo cual, en cualquier caso —vizcaíno o guipuzcoano—, tiene virtudes que lo justificarían...

Pero volviendo a Juan Ramón Luzuriaga, es muy curioso el hecho de que, aun viviendo en un país —el vasco— con una naturaleza y un paisaje deslumbradores —siempre recordaré el arrobo de don Daniel Vázquez Díaz cuando hablaba de su querido paisaje vasco—, aun teniendo a ese paisaje a la vuelta de la esquina, él siempre pinta el paisaje urbano, el de su ciudad. ¿Por qué es eso así? La pregunta, ya que no puedo hacérsela a él directamente, se la hago a su propia obra. Y ésta es la respuesta que de su obra deduzco:



Luzuriaga.

Es que Luzuriaga tiene necesidad de darle vida pictórica a unas estructuras que el paisaje de las nebulosidades hiperbóreas, más o menos vegetales o más o menos terrenales, no podía darle. Luzuriaga, al pintar Bilbao, se identifica con unas arquitecturas, o con unas lineaciones impuestas por la misma ría, que le imponen a toda su obra una disciplina de líneas rectas con la que él se siente muy afín.



Y de tal manera es eso así, que el pintor recurre a un procedimiento casi similar para disciplinar al color. Claro que es un colorista: como que es un paisajista. Pero con poca frecuencia es posible encontrar a un paisajista que tenga domesticado al color con una disciplina tan férrea como la que él usa para dominar a su cromatismo. En eso, además, le ayuda el bello gris de la ría de Bilbao. Luzuriaga parece huir casi con deliberación de los colores calientes... Pero parece escapar también de la entereza de los colores azules y verdes. Lo suyo tiene un tono ensordecido que, insisto, va muy bien con el estilo de la ciudad de Bilbao.

La pintura de Luzuriaga está conseguida a base de un feliz acuerdo de lineaciones rectas y a base de una armonización de coloraciones sordas, preponderantemente azules, verdes y grises...

Es curioso, pero cuando en las palabras anteriores, yo hablaba de cierta predisposición es-